

SIEMPRE GÉNESIS  
(2013-2015)



## DESPUÉS DE LEER A WHITMAN

Otra vez, de nuevo aquí,  
contento porque a simple vista  
reconozco  
al menos treinta, cuarenta  
árboles por su nombre.  
Contento porque cruza un estornino  
y ya no me pregunto  
adónde le lleva su prisa,  
en qué día cae la fiesta, cuándo la cena.  
Si de todas las acequias bajara  
un poco de agua  
después de esta lluvia,  
si de todas las canciones, un poco de su letra,  
no preguntaríamos  
si hoy  
es suma, si nublado, lamento o tiempo.

Otra vez, de nuevo aquí,  
con la oscuridad del mundo  
que es su lumbre,  
como dice Rilke,  
sin haber dejado nada por el camino,  
sin haber encontrado más que lo útil

para estar al cabo de las cosas  
y no perder aquella luminosidad  
que se escinde al llegar a las ramas.

Ya no pregunto  
a qué hora termina este momento,  
ni por qué al otro lado de aquellos bosques  
–pongamos los de Ituren–  
hay pescadores que empujan la barca  
al mar como si fuera una verdad,  
los que antes de la pesca  
preparan la voz  
para que resuene feliz en la lonja,  
tan seguros están, y tan completos.  
No piensan que los muelles  
son una forma de morir,  
porque también allí llega la fruta,  
la cayena, la soja y el color  
de los marinos que pasan de un meridiano  
a otro como tú cambias de calle,  
y beben

–no es un tópico–  
lo comprado en la última isla,  
y duermen en lo estrecho y húmedo,  
y saben que el mar es para soñar  
no más que los algodonaes o las dunas  
o el reflejo de los álamos  
que bordean las carreteras,  
y así les dan una prestancia  
de ruta  
como si condujeran a algún lugar del cielo.

## PASEO

Cuando vas por el monte  
y subes, subes  
a veces  
medio agachado para no pincharte  
con la aguja del abeto,  
o te detienes para quitar la telaraña  
que te llevas con el pelo o el hombro,  
y su hilo se disuelve en los dedos  
porque ya no es suspensión,  
y subes,  
aunque caes  
en la cuenta de que el desnivel eres tú;  
de que no hay cima, sobrepuerto,  
cortante o vaguada que no sean tú.

Y a lo transformado en sudor  
le llamarás paisaje.

Y si miras abajo y vislumbras un claro,  
o una onda de brezo, una casa  
hundida como la bota en el lodo,  
o un puentecillo colgante,  
destablillado como la Historia,  
sentirás que eres amado,

y que no eres amado,  
y que el desnivel eres tú.

Y al caminar por una vía muerta,  
por lo irregular de las calvas de grama,  
entre hierros y tuercas,  
unas aquí, otras allá,  
dispersas, ya sin fijación ni obra,  
digo, cuando caminas por una vía muerta,  
como aquellas de los cuadros de Kiefer,  
y le das duro al paso, le das duro  
y no te detienes  
pese a tener por qué, no te detienes,  
el horizonte podría ser la tela  
con que secamos cada muerto  
recordado.

Y al bajar de lo que hace unas horas  
era predicción, proximidad del águila,  
astucia de estar encima,  
sabrás que el desnivel eres tú,  
porque a pie llano las cosas  
no son correlación, ni progresión,  
sino desconocimiento;  
y si preguntas a quien cruza  
como tú el camino  
dónde está la casa  
que veías como una bota hundida  
en el lodo  
y te dice «a un paso», entenderás  
que no eres lo andado

sino lo que media, el no saber,  
lo siempre distante,  
aunque des por bueno que has llegado  
y hagas noche en tu creencia.



## SUPUESTO POEMA DE AMOR

Una línea es un llegar a pensar,  
pero no es el pensamiento.  
Ni el poema de amor llega a ser de amor;  
demasiado estar en el lenguaje.

Tantas veces decir «amar»,  
tantas veces decir «no amar».

*Solo e pensoso* no lleva a la amada,  
al amado,  
ya no, nadie al otro lado, nadie.  
El poema de amor empieza a desamar  
en cuanto se escribe: olvida querer,  
es cualquiera de los ríos desembocados  
al pie de una ciudad con puentes-elegías  
y casas  
que echan al agua sus luces  
igual que redes,  
y las retiran después de la cena.  
Pasa un albatros,  
cae una corteza de abedul.  
Esto hace un poema de amor:  
se enamora, duerme en los deseos,  
—¡cuesta decir esto, John Donne, cuesta decirlo!—,

se hace venir bien la soledad,  
saca partido del que será muerte.

El amor no está ahí, está en la carga  
de la barcaza escorada en la ría,  
en la mesa de trabajo, en la escarcha  
que suelta el martín pescador  
tras mover las hojas, tras moverlas.

Está

en la costura bien cosida (no vaya a rozar),  
en el manicomio de Elizondo  
–las espaldas curvas, el pelo cortado igual–,  
en los 23°, 5 de inclinación de la Tierra,  
en un helecho, con su rizoma y su fronda:  
da buen sombreado, te puedes esconder,  
oír, bosque arriba, el entrechocar del ciervo  
que deja un vaho espeso, azulado,  
y va adelgazándose como el rabillo del ojo.  
Está en la cimática, en la bisagra engrasada,  
en el alero dispuesto para toda estación,  
en la mujer que no ha tenido hijos,  
y en la que los ha tenido:

todo es igualmente grande,  
hay ser también            donde no lo hay,  
–Tomás de Aquino:

«vivir es más perfecto que ser»–.  
No demostrado. No lo sabemos.  
Lo que no se ve, lo que llaman vacío,  
es un espacio de lo ya terminado,  
el amor, el amor, mano de obra  
que todavía barre cristales en Hiroshima,

que retira los platos de la Última Cena,  
que tira de las botas de Spinoza  
para que duerma bien, que duerma bien,  
como tú debes hacerlo ahora,  
que no esperas un poema de amor,  
que no lo esperas. No tengas contienda,  
y quien te ame lo haga en silencio.